

**“MEMORIAS DE UN OBISPO SOBREVIVIENTE”**  
Episcopado y Dictadura. Por Jorge Hourton, LOM Editores, 2009.  
(552 páginas)

Me leí las 552 páginas en una semana. Y es que Jorge tiene el don del estilo: sencillo, ameno, con sus toques de ironía, acucioso, entretenido. Y su vida ha sido fascinante, mitad francés mitad chileno, intelectual infatigable, viajero impenitente, polemista imbatible, hombre de frontera y de batalla, defensor de la justicia y comprometido con la causa de los perseguidos y, al mismo tiempo, amante como pocos de la cultura: filosofía, literatura, arte, música. Confieso que, pese a conocer a Jorge desde los años muy lejanos del Seminario y haber vivido con él vidas paralelas, no lo conocía en su verdadera dimensión: se me ha agrandado, en su cultura y en su compromiso por la justicia. Y también se me ha vuelto más complejo.

Los cinco primeros capítulos nos presentan al joven y al sacerdote. Una familia vasco-francesa emigrada a Chile: papá, mamá, 2 hijas mujeres y 4 hijos varones, de los cuales los dos menores, Jorge y Mauricio, sacerdotes. Viven en la calle Carmen, se educan en el Instituto de Humanidades. Jorge lee, lee mucho, desde chico. Se perfila el intelectual. Es tímido para las fiestas y con las chicas. Pero le gusta la bicicleta, la moto, más tarde los autos: moverse, conocer, viajar.

En el Seminario se define su camino: será filósofo, teólogo, profesor. Parte a Europa a estudiar. Y estudia con pasión. Su moto lo lleva de preferencia a su país natal, a París, a los grandes centros de estudio. Conoce personalmente a todos los filósofos y teólogos famosos, sigue sus cursos, compra y devora sus libros. Asiste a clases en el Collège de France, en la Sorbonne, en el Angelicum, la Gregoriana... y descubre a Maurice

Blondel, un pensador católico de comienzos del siglo XX. Lo estudia, lo traduce al español, llega a ser un experto mundial en su filosofía.

De regreso a Chile va a ser profesor de filosofía durante largos años. Original, polémico, despierta interés y ... asusta un poco, a veces. Pero se hace querer porque es simpático, es sencillo, es inteligente, es buen amigo. Y es un buen sacerdote, un hombre de fe, enamorado del Evangelio.

Llega a ser –en tiempo del Cardenal Raúl Silva– rector del Seminario Mayor de Santiago, en momentos difíciles, de plena crisis. Es lúcido, ve lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer. Pero los acontecimientos se precipitan, la crisis del post-Vaticano II, puede más que él. Deja el Seminario.

Empieza ahora una nueva etapa. Jorge es ordenado Obispo. Parte a Puerto Montt como auxiliar del Arzobispo Alberto Rencoret, un hombre santo y que ha sufrido mucho. Al poco tiempo renuncia el Arzobispo y, por cuatro años, Jorge queda a cargo de la diócesis. Los hechos políticos se precipitan: Allende, la Junta Militar, Pinochet.

Aparece en Jorge el luchador, el resistente, el indómito. El defiende a los vencidos, a los perseguidos por el poder, a los detenidos, a los maltratados, a los exiliados, a sus familiares. Protesta contra las torturas, las arbitrariedades. Se afirma el militante, el indomable, el defensor de los pobres, de los que sufren. Y asume su nuevo rol con pasión intelectual y con compromiso personal.

Escribe artículos, da conferencias, participa en foros, en jornadas, en Chile y en el extranjero. Viaja, recorre el mundo, sobretodo la vieja Europa y la joven América Latina. En él, el “Episcopado” enfrenta a la “Dictadura”, en una lucha sin cuartel. Es apasionado, es valiente, es generoso, es infatigable.

Pero sigue siendo un pastor, un pastor cercano al Evangelio, cercano a los pobres, cercano al pueblo y, por que no decirlo, cercano a la

izquierda, al socialismo, al marxismo. Cercano al ateísmo, a la irreligión, deseoso de diálogo con los que no creen, en parte porque los que creemos no damos ganas, a los que no creen, de creer. Durante 20 años, mantendrá el secretariado “Fe y Cultura”, publicará un boletín con el mismo nombre, multiplicará los contactos con los que, sin tener fe, tratan de comprender a los que tienen fe, así como él, que tiene fe, trata de comprender a los que no tienen fe. Jorge es hombre de frontera: es su vocación, es su pasión, es su destino.

En materia de teología y de moral, Jorge es también un hombre de frontera, su fe, su seguimiento de Cristo están fuera de cuestión, como su piedad personal y su vida intachable. Pero está siempre en el límite, tratando de facilitar a la gran multitud de los que se encuentran alejados de la Iglesia católica, la aceptación de su enseñanza en materia de fe y de ética. De ahí vienen tensiones entre él y algunos de los otros obispos, entre él y las autoridades vaticanas. Él mantiene sus posiciones, pero se queda dentro de los límites de la disciplina de su Iglesia. Es hombre de frontera, pero no la traspasa.

Algo eché de menos en estas memorias: un análisis más desapasionado de las situaciones, de los acontecimientos, de las actitudes de los hombres y de los grupos que actuaban en política a lo largo de esos años. De la “revolución en libertad” de Frei, de la “Unidad Popular” de Allende, de la Cuba de Fidel Castro, de la caída del Muro de Berlín y del fin del “socialismo real”, del mejoramiento de la situación económica de muchos países, incluido Chile, por una economía liberal, ni una sola palabra. Ni siquiera del pronunciamiento militar, nada. Solo Pinochet, o mejor dicho solo el CNI, la DINA, la represión. Es cierto que fue grave y causó muchos sufrimientos y que el cristiano, más aun el sacerdote, debe defender al que sufre, al vencido. Pero falta un esfuerzo por explicar y comprender lo que ocurre y ese esfuerzo, hecho por un hombre con la

inteligencia, la cultura y la participación activa de Jorge, habría sido muy valioso.

El último capítulo –Rector de la Universidad Católica de Temuco– muestra una nueva dimensión de Jorge Hourton: el hombre de acción, infatigable, lleno de iniciativas, el universitario atento a las ideas y a los hombres, el rector que es también pastor, profesor, animador y amigo de todos.

Una gran figura del Episcopado chileno, que talvez no supimos apreciar ni aprovechar bien. Un testigo del Evangelio en momentos dramáticos de nuestra vida nacional. Y también un francés, algo chilenizado, pero muy francés. Un hombre de cultura amplia, sólida, diversa, capaz de gozar con Shakespeare y con Mozart. Un estudioso empedernido y un hombre capaz de compadecerse con el que sufre. Y sin olvidar el discípulo fiel e inteligente de Maurice Blondel, un filósofo poco conocido y un tanto olvidado, pero que dignifica y ennoblece a los que lo entienden y lo siguen. Un obispo diferente. Un pastor con estilo propio. Un apasionado de la justicia. Un buen cristiano, un buen amigo.

+ Bernardino Piñera C.,  
Arzobispo emérito de La Serena